

¿TENER O SER UNA FAMILIA?

*Encarnación Sánchez Lissen
Universidad de Sevilla*

EL VALOR DE LA FAMILIA. LA FAMILIA HOY

La familia, como todos sabemos, es una institución que lleva vigente muchos siglos. Esta circunstancia puede considerarse una buena razón para no dudar de su importancia y de su valía, sin embargo, no sólo la antigüedad es una de sus cualidades sino que otros aspectos avalan este esplendor. Se trata de un puntal esencial en nuestra vida, ya que contribuye a la formación de cada uno de sus miembros y se convierte en una fuente abundante, generosa y constante, donde podemos beber asiduamente para ir internalizando los valores. Además, se inicia en ella el proceso de socialización y junto a él, buena parte de nuestro crecimiento moral, lo cual nos permite ir poniendo las bases de una formación integral. Con todos estos elementos, no es difícil reconocer el valor de la familia y ver en ella un espacio vital en el que se entremezclan los conocimientos con lo afectivo, las dificultades con las emociones y alegrías, o las fantasías con la realidad. Pues bien, en torno a cada uno de estos momentos, la persona irá construyendo su verdadera personalidad.

La familia es un valor incontrovertible porque como dice Juan Pablo II en la "Carta a las familias", *"... su soberanía es indispensable para el bien de la sociedad. Una Nación verdaderamente soberana y espiritualmente fuerte está formada siempre por familias fuertes, conscientes de su vocación y de su misión en la historia."*

En general, podemos considerar la familia como un espacio en el que conviven varias personas y en torno al cual se comparten sentimientos, nuevos conocimientos, diversas actividades y sobre todo, se aprende a ser. Precisamente, éste es el centro de nuestra reflexión.

Actualmente, los modelos familiares que coexisten en nuestra sociedad son múltiples (familia nuclear, familia extensa, monoparentales, reconstituidas,...) y esta diversidad se refleja también en las relaciones entre sus miembros. De cada uno de estos modelos se han analizado sus defectos, sus

virtudes, así como la influencia que tienen en la vida diaria de los hijos. En algunos de estos casos, hemos encontrado ciertas discrepancias, o incluso interrogantes acerca de su estilo; sin embargo, estamos convencidos que en la familia debe prevalecer la formación integral y la maduración personal de cada uno de sus miembros; ya que de no ser así estaremos, probablemente, ante un modelo vacío, incierto y de anomia para sus implicados. Como vemos, se trata de ir creciendo como persona en todas sus dimensiones. Estos elementos comienzan a esclarecer la pregunta, ¿Tener o Ser una familia? Y como podemos intuir, la respuesta gira en torno a un modelo que proyecte un estilo de vida familiar coherente con el desarrollo personal y social.

LA FAMILIA PREVALECE ANTE LOS PROCESOS DE CAMBIO

A pesar de los procesos de cambio y de los momentos de incertidumbre que han rodeado a las situaciones familiares a lo largo del tiempo, pocos dudan hoy de la importancia que tiene la familia y del papel que asume en nuestra sociedad. Tal como hemos advertido anteriormente, se trata de una institución veterana, pero llena de vida y de universalidad; de hecho, el volumen de publicaciones (libros monográficos, artículos en revistas, etc.) que aparecen al respecto es numeroso, los comentarios en las tertulias radiofónicas o los artículos en la prensa son habituales, e incluso, tampoco es extraño encontrar en las encuestas sociológicas múltiples datos en torno a ella. Desde cada uno de estos orígenes se tiende a considerar –incluso, a pesar de sus altibajos- como una de las instituciones más valoradas por los ciudadanos (e incluso la que más). Pues bien, de una u otra forma, como argumenta el profesor Julio Iglesias, “la familia siempre ha sido el centro neurálgico de las transformaciones sociales”.

En principio, nada parece negar su interés, aunque no por ello dejamos de reconocer que junto a esta valía se entremezclan otros elementos menos brillantes que interfieren su optimización. Desde un punto de vista amplio, las disensiones que se producen en el entorno familiar, suelen estar en consonancia con los cambios sociales, económicos, religiosos o incluso políticos que emergen en cada sociedad; unos cambios que se han sucedido a lo largo de la historia, y que en algunos casos

han favorecido el sentido de la familia y en otros, han deteriorado su esencia, su imagen y las relaciones entre sus miembros. En cualquier caso, no se trata de un proceso unidireccional sino bidireccional, ya que la influencia ha sido mutua; tanto, que algunos elementos propiamente familiares han llegado a provocar cambios sociales a gran escala. Si atendemos a un punto de vista más concreto, las claves de estas divergencias se encuentran en la convivencia de sus miembros, en la indefinición de tareas en torno a las cuales se mueve la familia en reiteradas ocasiones, o en el sentido intrascendente que le conceden.

Dada las situaciones que nos encontramos en nuestra sociedad, creo que hay algunos valores que no están presentes en la vida diaria pero, no porque se hayan perdido, sino que en algunos casos se encuentran latentes. Parece necesario a este respecto que los hijos puedan tener en sus padres unos referentes claros para imitar. En el buen hacer de cada uno de ellos radica la mejora de este proceso y en la medida en que manifiesten los valores entre sus hijos, de esa misma manera ellos lo captarán, aprenderán y expresarán como algo que forma parte de su estilo de vida.

Sobre la base de esta situación, los padres deben vivir en el amor y desde ahí dar claves de orientación; a partir de ellas, los hijos deben ser capaces de extraer pautas de conducta concretas. Todos estos detalles nos acercan aún más a ser una familia.

PERO,... ¿QUÉ HAY QUE HACER PARA “SER UNA FAMILIA”?

En la mayoría de los casos tenemos la suerte de nacer en una familia que nos acoge y nos ayuda a crecer en los aspectos cognitivos, de aprendizaje y especialmente, los afectivos y sociales. Las dificultades que entraña esta tarea, no son impedimento para seguir adelante, aunque esto suponga el que muchos padres se cuestionen si están obrando bien o, en su caso, cómo mejorar el proceso. Esta inquietud no debe contemplarse negativamente, sino que debe entenderse como algo positivo que afecta a la cantidad y a la calidad de su acción.

Pues bien, este vínculo, que en principio nos viene dado, nos permite sentir que tenemos una familia, sin embargo, poco a poco iremos construyendo juntos ese concepto, le iremos dando forma,

le daremos un estilo y de esta manera nos sentiremos movidos e impregnados por ella. Entonces podremos comenzar a decir que somos una familia. El “tener” es algo tangencial, que se agota y llega a extinguirse, sin embargo, la idea de “ser” una familia transmite un sentido de continuidad, de plenitud, estabilidad y unión, entre otros, que continúa incluso más allá de la desaparición de algunos de sus miembros. Posiblemente, la gran diferencia entre una y otra radica en sus cimientos y en los pilares sobre los cuales se ha construido. En el caso de “ser una familia”, no tengo dudas, su base principal ha sido el Amor y todos sus miembros están unidos en el Amor.

Si nos situamos en el terreno individual, es fácil convenir en la siguiente expresión: una persona vale más por lo que es, que por lo que tiene. Este mismo enunciado lo podemos trasladar al ámbito de la familia y deducir el valor de ser frente al de tener. En este caso debemos considerar al grupo y a las individualidades, ya que la familia es además del conjunto, la expresión de cada uno de sus miembros.

Cuántas veces hemos escuchado a los profesores comentar el siguiente aserto: no sólo se valora la asistencia a clase –que en algunos niveles puede ser más o menos obligatoria- sino la participación, es decir, no sólo estar físicamente en el aula, sino que su presencia también se haga notar –positivamente-. Pues bien, algo así ocurre en algunas familias. En estos casos, la comunicación entre los miembros brilla por su ausencia; así, padres e hijos llegan a cruzarse por el pasillo –y a veces no se dan ni los buenos días-, se sientan a la mesa a esperar la comida, o se someten a rígidos controles de espacios en el propio hábitat de la casa. Todo ello son muestras de alienamiento, de recelo o desconfianza, y tan sólo podemos intuir que tienen una familia, pero acaso, ¿son una familia? Probablemente no, ya que falla la esencia de la misma, falla el interior y también la forma, falla en definitiva, el sentido de ser familia.

Sin ser excesivamente escrupulosos, el éxito de esta propuesta radica en la adquisición y el desarrollo de una serie de pautas educativas, a través de las cuales se facilitará tremendamente la tarea en comunidad; así, estaremos más cercanos:

- cuando se aprenda a compartir,

- cuando se valora la obediencia,
- cuando se madura personalmente y como grupo,
- cuando se valora a los otros y se ensalza a lo bueno que tiene cada uno de ellos,
- cuando se dialoga, cuando se escucha al otro,
- cuando se comunican afectos, sentimientos,
- cuando se comparten tareas,
- cuando se divierten y disfrutan juntos,
- cuando se aprende a resolver los problemas de manera autónoma,
- cuando se educa la capacidad crítica de los hijos.

Podría parecer a primera vista que estamos hablando de “superfamilias”, aunque realmente todas estas actuaciones creo que se repiten en muchos hogares de nuestro entorno, tan sólo tenemos que poner el empeño para que formen parte de la cotidianidad y no sean acciones esporádicas. En definitiva, la educación en valores es uno de los referentes más importantes para lograr ser una familia. Ciertamente se trata de un pilar básico, en el que se cruzan varias vigas principales que son, a mi entender: el diálogo, el respeto, el esfuerzo y el amor por los demás.

DIMENSIONES QUE FAVORECEN SER UNA FAMILIA.

Hemos podido comprobar a lo largo de esta breve reflexión que para llegar a Ser una familia, es necesario creer en ella y fundamentar desde un humanismo práctico sus experiencias diarias. Para ello consideramos que se deben desarrollar dos dimensiones en el seno de la misma: una dimensión creativa y otra dimensión educativa-axiológica. A continuación vamos a presentar cada una de ellas:

A) DIMENSIÓN CREATIVA

Cuando hablamos de creatividad tendemos a pensar, por ejemplo, en los cuadros de algunos pintores, en las obras arquitectónicas o en las composiciones musicales; en definitiva, parece que es

una condición intrínseca de los buenos artistas. Sin embargo, la creatividad también está presente a menor escala, ya que puede formar parte de nuestra vida diaria en acciones insignificantes aunque muy ricas en sus logros. La vida familiar es un campo que ofrece muchos momentos para realizar una experiencia creativa y este hecho nos debe permitir sacar todo lo positivo que llevamos dentro; si por el contrario nos limitamos a recibir pasivamente nuestras posibilidades, estaremos desperdiciando un proceso creador. Estas experiencias creativas pueden estar presentes, o debemos suscitarlas en distintos momentos tales como: al dar un beso a los hijos, al compartir la lectura de un cuento, al pasear con los hermanos, al sonreír, al cantar juntos una canción, o al degustar la comida que preparó uno de los miembros de la familia. Cada una de estas situaciones no serían realmente creativas si dejaran a sus actores impasibles; cada una de ellas debe suscitar una nueva realidad pero además, como sugiere el profesor López Quintás, deben encerrar un valor, y es que “la creatividad procede siempre del valor, revela el valor y fomenta el valor”.

Ciertamente, cada uno de estos momentos es una muestra de libertad creadora de la persona, una libertad que da solidez y maduración y que expresa la aceptación de una realidad y el sentido axiológico de la misma.

Esta dimensión viene a poner de manifiesto la importancia que tiene el ejercicio de la creatividad en el desarrollo de la personalidad de cada sujeto y posteriormente en el grupo familiar, lo que puede garantizar con cierta posibilidad de éxito, llegar a ser una familia.

B) DIMENSIÓN EDUCATIVA-AXIOLÓGICA

La educación es un proceso amplio y permanente que va dirigido a la persona, tanto individual como socialmente, y tiene entre sus pretensiones la orientación y el desarrollo de valores como medio para conseguir la formación integral del sujeto. Por este motivo hablamos de una dimensión educativa-axiológica, ya que confluyen la una en la otra y ambas se requieren.

Esta amplitud alude también a los entornos en los que acontece, ya que la tarea educativa, como sabemos, es una acción que no corresponde sólo a la escuela, sino que compete e implica a diversos agentes como la familia. Esta pluralidad es enriquecedora, siempre que se logre una

coordinación entre todos ellos, o como señala Victoria Camps, una corresponsabilidad, la cual permita aunar esfuerzos, compromisos y obligaciones entre los implicados. En cierto modo, de ello va a depender el éxito o el fracaso de la misma.

Algunos se preguntan: ¿funciones educativas en la familia? y ¿la escuela, qué?. No nos resultan extraños estos interrogantes si convenimos en reconocer que los padres -por motivos muy diversos- han ido delegando en la escuela y en otros ámbitos no formales muchas tareas educativas. Así, si se trata de aprender a ser responsable, muchos piensan que ya se lo enseñarán en la escuela, si el interés está en adquirir normas de comportamiento, ya se encargará el profesorado de ello y si le preocupa que aprendan a compartir las cosas con los demás, también piensan que la escuela será un buen lugar para su adquisición. Verdaderamente podríamos conformar una lista interminable con todas estas acciones, aunque a veces resulta singular e incongruente el empeño desmesurado por parte de algunos padres tratando de enseñar a leer a sus hijos; no queremos decir que sea una labor inadecuada, pero si el mismo entusiasmo se pusiera también en otras tareas,

Dentro de esta dimensión, el nivel axiológico pretende acentuar la importancia de los valores entre las personas, entre los grupos humanos y por tanto, en el ámbito familiar. Realmente, resulta difícil centrarnos en unos pocos valores y aún así se trataría de una larga lista. En cualquier caso, si nos parece conveniente que se cumplan una serie de requisitos en torno a ellos; y estos son:

- todos los miembros de una familia deben ser conocedores de los valores en los que ésta participa; ante ello, claridad y concreción,
- los valores se deben ejemplificar, se deben practicar,
- los valores se deben jerarquizar,
- los valores no se imponen, se transmiten a través de vivencias y experiencias.

A pesar de la amplitud de valores con los que debe convivir una familia, deseo señalar a la comunicación, el diálogo, la voluntad, la responsabilidad y el amor, entre los más significativos, al advertir en ellos un valor inconmensurable y un medio excelente para gozar en una familia; de esta forma, se enfatiza el proceso de Ser frente al de Tener. A la vista de estos fines, el proceso educativo

que acontece tiene a mi entender dos ámbitos principales de actuación, uno dirigido al desarrollo personal y otro al proceso de socialización; ambos definen un desarrollo armónico de la persona. Con todo ello, no es difícil reconocer que llegar a ser una familia, es un proceso de construcción de valores. Por tanto, no se trata tan sólo de acometer unos valores, sino de construirlos entre todos, ya que de esta forma el valor se incrementa y favorece el desarrollo y la consolidación del mismo. Pues bien, aunque cada grupo familiar pone de manifiesto una serie de valores con los que se identifica, no debemos olvidar que apostar por ellos es la mejor forma para llegar a Ser una familia; por tanto, no nos conformemos únicamente con Tener.

BIBLIOGRAFÍA.

- CAMPS, V. (1994): *Los valores de la educación*. Madrid, Anaya.
- GIMENO, A. (1999): *La familia: el desafío de la diversidad*. Barcelona, Ariel.
- IGLESIAS DE USSEL, J. (1998): *La familia y el cambio político en España*. Madrid, Tecnos.
- LÓPEZ QUINTÁS, A. (1999): *Inteligencia creativa*. Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos.
- QUINTANA, J.Mª (Coord.) (1993): *Pedagogía familiar*. Madrid, Narcea.

RESUMEN.

Aunque en estos momentos parece incontrovertible el papel que ocupa la familia en nuestra sociedad, sin embargo, resulta desconcertante el elevado número de ellas que se encuentran distanciadas. La familia es un pilar esencial en la que se comparten conocimientos, sentimientos, afectos y, sobre todo, se aprende a ser. Es posible que en muchos casos haya fallado el verdadero sentido de ser una familia y hayan prevalecido ciertos elementos externos e incluso materiales, frente a otros más centrados en el interior y en la esencia de las relaciones familiares.

Pero, ¿Tener o Ser una familia? Ante este interrogante queremos destacar el valor de Ser frente al Tener. Para ello, no debemos olvidar que uno de los referentes más importantes se

encuentra en la educación en valores y por tanto, llegar a Ser una familia es un proceso de construcción de valores que debe implicar a todos los miembros de manera cotidiana.

FRASES:

- La educación en valores es uno de los referentes más importantes para lograr Ser una familia.
- En la familia se inicia buena parte de nuestro crecimiento moral, lo que nos permite ir poniendo las bases de una formación integral.
- El Tener es algo tangencial, que se agota; sin embargo, la idea de Ser una familia transmite un sentido de continuidad, de plenitud, de estabilidad y unión.
- Para llegar a Ser una familia, es necesario creer en ella y fundamentar desde un humanismo práctico sus experiencias diarias.
- La comunicación, el diálogo, la voluntad, la responsabilidad y el amor son valores esenciales que enfatizan el proceso de Ser una familia, frente al Tener.

PREGUNTAS:

1. ¿Tener o Ser una familia? ¿En qué posición te encuentras?
2. ¿Cuáles son los valores que definen a tu familia? Si crees que algún valor esencial se encuentra en desuso, no esperes a que lo hagan otros, empieza tú mismo a ponerlo en práctica.
3. De las dimensiones señaladas, ¿cuál o cuáles vives en tu familia? ¿Cuál crees que deberías mejorar?